

Medio	Revista Mensaje
Fecha	2-2-2013
Mención	La fraternidad es la política cristiana. Artículo de Esteban Valenzuela, director del Dpto. de Ciencia Política y RR.II. de la UAH.



La fraternidad es la política cristiana

Esteban Valenzuela Van Treek*

Doctor en Historia

Nuestros países claman por mayores cuotas de fraternidad en nuestro vivir diario y en nuestras políticas públicas: sin ella, no avanzaremos en libertad y justicia.

Una democracia sustantiva que promueva ese valor debiera apuntar a un sistema político que —entre otras características— incorpore a las minorías, reconozca a sus pueblos originarios, descentralice el poder y promueva la participación.

* El autor es Director del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la U. Alberto Hurtado. Este texto está basado en su ponencia al Congreso de la Red Universitaria de Estudios de la Fraternidad, RUEF, Santiago, octubre de 2011. Es doctor en Historia (U. de Valencia) y magíster en Política (PUC) y en Desarrollo (U. de Wisconsin).

¹ Baggio pertenece a los *focolares*, el movimiento que ha animado a académicos, políticos y agentes pastorales a poner la conciliación y la unidad en el centro de sus reflexiones. Tienen razón: reconciliar a Caín y Abel con sus rostros modernos es la tarea principal de hoy.

² Cf., Yaksic, S.J., Miguel: *Política y religión*. Ediciones UAH-Centro Teológico Manuel Larraín, Santiago, 2010.

Sin diálogo no hay Cristo, como no hay paz sin justicia. El mundo y América Latina han avanzado en *igualdad* y en *justicia*, y en *libertad* y democracia, pero la ausencia de *fraternidad* tensiona, divide, amenaza. Sus males los conocemos: segregación social, sectarismo, discriminación, tensiones nacionales, racismo, xenofobia, hegemonismo en política. Con un rol más activo de la fraternidad —la convivencia activa de los distintos—, es previsible que la propia justicia y la libertad crezcan.

El principio olvidado del tríptico revolucionario, como lo dice el filósofo Antonio Baggio¹, puede ser la inspiración que mueva a la complementariedad, pues sin fraternidad no hay confianza para ofrecer más libertad y no hay amor práctico que nos lleve a una mayor justicia, donde se haga más tenue lo que separa lo mío de lo del otro.

El jesuita Miguel Yaksic² interpela para romper una suerte de timidez y auto inhibición de los cristianos-católicos en proponer una política e influir. El hilo de la historia no puede detenerse y hay que oír los signos de los tiempos. El socialcristianismo dio relevancia a la cuestión social y al sindicalismo, el personalismo-comunitarista se hizo una alternativa democrática a los totalitarismos, el liberacionismo aportó al poner la justicia en el centro. Hoy, en el mundo diverso que demanda diálogo, como lo enfatizó el filósofo católico canadiense Charles Taylor —política del reconocimiento e interculturalidad—, la fraternidad es la clave para una nueva teología, una política cristiana y una práctica desde los evangelios sin miedo.

UN DISCURSO CON UNA PRÁCTICA INCONCLUSIVA

Domingo Ighina recuerda que en América Latina ha existido desde la Independencia un discurso “integracionista” que ape- la no solo a la unidad de los criollos, sino también a la reconciliación con los españoles y a la valoración de los indígenas y negros-esclavos³. Francisco Bilbao, en su *Evangelio americano*, valoró la mixtura cultural, diferenciándose de Domingo Faustino

Sarmiento que, en su *Civilización y Barbarie*, se hacía parte de la visión homogenizadora de las élites del siglo XIX. Con anterioridad, el inca Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios reales*, y Fray Bartolomé de las Casas,

con el *Informe de Indias*, habían rescatado la dignidad indígena de las matanzas y el racismo⁴. La sociedad latinoamericana no ha tenido graves guerras entre países, pero sí largas dictaduras, conflictos civiles y matanzas de indígenas, campesinos y obreros. La violencia, la segregación social y el culto militarista han sido un sello cultural. El desprecio por la negritud, la expropiación de las tierras indígenas y el desconocimiento de su cultura, además del fracaso de los intentos de integración, hablan de la ausencia de una fraternidad práctica y de la persistencia de una retórica banalizada que hace folclor con el diferente pero no devuelve poder a los indígenas, no da autonomía a sus regiones y mantiene un nacionalismo cerrado que impide saltos en integración.

Este artículo busca aproximarse al valor de la fraternidad, sugiriendo una agenda que inspire plataformas políticas y busque especificar de qué hablamos cuando nos referimos a una política cristiana de la fraternidad, aquella del gozo de estar y amar al distinto a uno.

FRATERNIDAD, COMUNIDAD Y FELICIDAD

El filósofo Baggio apela a que la felicidad no es personal, sino que se da con otros⁵. En el mundo actual habría un desplazamiento hacia una demanda por seguridad, paridad y redes. El no querer estar solo y sentirse protegido es esencial. Norbert Lechner advirtió que el liberalismo no creaba sociedades cohesivas⁶: “La democracia no supone homogeneidad social; la diversidad puede ser enriquecedora, pero [debe buscarse] sin confundir las diferencias justas que la democracia debe respetar, con las desigualdades que atenten contra la noción de comunidad”. La democracia ha de representar a todos, superando las antinomias de clase, étnicas y religiosas, que restan legitimidad al orden.

En tanto, Osvaldo Barreneche apunta, al reconocer lo complejo del concepto de fraternidad, a unir en la diversidad, la reciprocidad y la corresponsabilidad con los otros; alude a que se debe aceptar una “conflictividad positiva”⁷. Maturana, por su parte, culpa al modelo patriarcal de la libertad y la igualdad, de corte europeo, de querer imponer nociones de competencia y poder estatal que no asignan valor a la vida fraterna, aludiendo al efecto de “la competencia, la lucha, las jerarquías, la autoridad, el poder y la justificación racional del control y de la dominación de los otros a través de la apropiación de verdad”⁸.

En otro plano, Richard Layard observa que son más felices las sociedades donde hay equidad social (seguridad financiera y de bienes básicos), equilibrio entre vida y trabajo (sin jornadas extenuantes), sostenibilidad de la familia, muchos vínculos comunitarios (asociatividad), vida espiritual y metas comunes que den sentido (el *Sueño diurno* de la utopía concreta compartida con un *nosotros* mayor): “Una sociedad no puede prosperar sin cierta sensación de compartir objetos. La actual búsqueda de desarrollo personal no fructificará”⁹.

En estudios anuales de la Universidad Erasmus, de Rotterdam, los países más felices son los nórdicos-escandinavos, acompañados de Austria, Suiza, Canadá, Australia, Alemania, Francia, Holanda, Irlanda e Italia. La Universidad de Leicester (2006) refrendó el predominio escandinavo (Dinamarca encabezada con Suecia, Finlandia e Islandia). En esta investigación específica los mejores latinoamericanos son Costa Rica, Colombia y Argentina, en tanto Chile aparece rezagado.

NUDOS ANTIFRATERNIDAD EN AMÉRICA LATINA

El clasismo o la segregación social, aquella vida aislada de las capas privilegiadas, y la *presicracia* autoritaria en lo político son los grandes sustratos que provocan en América Latina los factores que debilitan la fraternidad: desigualdad, violencia, Estados frágiles, falta de pacto social, débil cultura de acuerdos políticos, centralismo, miedo al otro con el cual “no convivo” (la marcada estratificación) y al cual, al ser mi enemigo político, no le doy poder ni lo reconozco.

Llamamos *presicracia* a la cultura y los sistemas políticos latinoamericanos marcados por el presidencialismo exacerbado, el centralismo y las prácticas autoritarias, donde presidentes creen encarnar el destino de sus naciones; en el caso de Chile es un presidencialismo duro de derecha e izquierda. Se recrea una tradición semiabsolutista y en extremo personalista. Se trata del viejo caudillismo renovado una y otra vez con sus personajes carismáticos y trágicos, de una historia plagada de caudillos que no buscan pactos ni diálogos, como tampoco dis-

persan el poder hacia una democracia fraterna que reconozca a los “otros”. Tras la Independencia, con periodos federales y parlamentarios excepcionales, en el Continente se impuso la idea de que ante la frágil integración nacional (a causa de los *caudillos* y el *caciquismo*) se requería de presidentes fuertes, inaugurando una marcada tradición centralista que se vincula al propio absolutismo español.

El otro *nudo* es el enraizamiento de la segregación social. Es la otra traba para una América Latina fraterna, nutrida por el *clasismo* que retroalimenta la desigualdad y el egoísmo de élites que cooptan el Estado, evaden impuestos y hacen redes de negocios ilegales, aislando a los pobres.

LA DEMOCRACIA INCLUSIVA DE LOS “OTROS”

Ante estos límites, nace la corriente que busca la democracia sustantiva y un fuerte reconocimiento del otro en el multiculturalismo activo¹⁰, además de intentar que se construyan decisiones ampliando la esfera pública para así evitar el dominio estatal u oligopólico de la comunicación.

Se pueden considerar pro fraternidad, las siguientes características políticas:

Parlamentario o semipresidencial: La casi totalidad de los países que encabezan los indicadores de desarrollo del PNUD y los *rankings* de felicidad son sistemas parlamentarios, donde se evita la polarización política por la vía de la obligatoriedad de construir mayorías sólidas en base al diálogo. Es evidente la diferencia en la calidad de la democracia entre la Europa parlamentarista y la América presidencialista.

Sistemas electorales proporcionales: Dan representación a sus minorías políticas sin temer al multipartidismo. Con la excepción de Estados Unidos y Gran Bretaña (sistemas electorales mayoritarios), la gran mayoría tiene sistemas proporcionales donde dominan grandes partidos tradicionales, pero a su vez se logra la representación de una multiplicidad de sectores, obligando a mejorar las agendas de gobierno con las demandas de los grupos minoritarios cuando acceden al poder.

Países con leyes de autonomía de pueblos originarios: Reconocen a sus pueblos originarios y les dan niveles altos de reconocimiento y autonomía, además de traspaso de recursos. El país “más feliz”, Dinamarca, reconoció en 1979 el autogobierno de los *inuit* en Groenlandia, quienes eligen su propio Congreso de 31 miembros y su primer ministro. Con la población *sami de Laponia*, los Gobiernos de Noruega, Suecia y Finlandia reconocen sus formas organizativas y ellos gozan de poder político. Lo mismo hace Nueva Zelanda con los maoríes y Canadá con sus pueblos indígenas con representación regional. En cambio, Chile no acepta la autonomía de Isla de Pascua y tampoco logra consenso para asegurar la representación mapuche en el Congreso Nacional. Siempre se esgrime el miedo al otro, el riesgo de secesionismo y otros tormentos¹¹.

Promueven cuotas de integración de minorías: El ya citado Charles Taylor advierte que la interculturalidad implica superar la idea liberal de que todos son iguales. Lo fraterno no teme dar protagonismo al que tiene menos voz. Por tanto, es posible legislar para dar protagonismo en la cultura, la economía y la política a los grupos subalternos y/o despojados. California integró con éxito a las minorías étnicas en las universidades. Los países escandinavos crearon leyes de cuotas para favorecer el protagonismo de la mujer en el poder y la administración del Estado. Así, los países nórdicos exhiben los mejores indicadores de política de género.

*El *jus solis* y la política activa de integración de los inmigrantes* es la tónica de los países fraternos. No hay mito racial ni de homogeneidad sociocultural. Domina un metarelato de idea de Nación por sus méritos en el bienestar y la paz (nórdicos), o nación de emigrantes en lucha por la libertad (norteamericanos). Por cierto, con tensiones, ganan la lucha por la fraternidad. Una expresión de ello fueron las palabras del primer ministro noruego, Jens Stottenberg, ante la masacre provocada por un extremista nacionalista el 2011: “Al odio le responderemos con más amor”.

Fuerte descentralización: Las democracias más avanzadas tienen equilibrios territoriales y diversas formas de federalismo o autonomías con el elemento clave común: la ciudadanía elige sus gobiernos intermedios regionales, se reconocen diversas formas de poder local con flexibilidad organizativa y opciones para asociarse. También promueven una adecuada desconcentración metropolitana.

Formas de democracia permanente: presupuestos participativos, consultas y diálogos sociales. La información a la ciudadanía de los gastos del Estado nacional y local, en bue-

nos sistemas de rendición de cuentas, se complementa con tradiciones de consulta a los ciudadanos en temas relevantes o diversos procesos participativos.

POLÍTICAS PÚBLICAS QUE VINCULAN

Niklas Luhmann *desconfiaba de la confianza*, al considerar la un concepto vago que depende de los otros —nadie logra construir su *alter ego* de manera estable— pero concedió que ella es un requerimiento operacional para que la sociedad no acabe en el caos ni sea paralizada por el miedo al otro¹². Es decir, hasta un escéptico comparte que confiar es el verbo de la fraternidad. Los sociólogos Cousiño y Valenzuela, al comparar la sociabilidad estadounidense y la chilena, concluyen que en Estados Unidos perdura una mucha más alta confianza en el vecino y mayor tendencia a la asociatividad en contraste con Chile, que se ha convertido en una sociedad estratificada, con personas refugiándose en sus familias y amigos cercanos¹³.

Reducción de las jornadas de trabajo: el tiempo fraterno. La consigna de *ocho horas para el ocio y la familia* se ha encarnado en Europa, con jornadas laborales inferiores a las cuarenta horas semanales, aumento de la productividad, largas vacaciones y prohibición de trabajo los domingos, entre otras medidas que fomentan la vida en familia y las posibilidades de tiempo para las diversas expresiones de vida en comunidad.

Subsidios y orientación a las familias: Europa entera ha revertido su estancamiento demográfico con políticas de subsidios por hijos y facilidades en la vivienda a las nuevas familias. También se les apoya en consejería psicosocial, mediación y prevención de la violencia.

Fomento de la asociatividad contra la soledad: Por la vía legal y programas locales, se hace una política integral de asociatividad, lo que tiene ventajas en calidad de vida y fomento de la fraternidad, evitando la vulnerabilidad de la soledad. Pedro Güell y Rodrigo Márquez (2001) concluyen sobre las organizaciones en Chile que el 25% busca un objetivo individual-familiar de “potenciación estratégica (ingresos, vivienda, educación)”, pero a su vez reconocen que el 22% son organizaciones cuyo objetivo es la “sociabilidad”.

Instituciones pro paz: Los sistemas para desjudicializar los problemas y las diversas formas de mediadores o jueces de paz, que evitan el escalamiento de los conflictos, son instituciones clave para evitar espirales del odio. Los países con menos criminalidad tienen un efectivo sistema legal de prevención del delito y penas alternativas, en las que el humanismo (la fe en el otro) se mantiene viva.

POLÍTICAS DE CONVIVENCIA SOCIAL MEZCLADA

El visionario francés Jacques Attali recuerda permanentemente en su libro *Fraternidades* que el mundo necesita la utopía fraterna de complacerse en felicidad con los demás. Para estar con “los otros” necesitamos convivir con diversidad en espacios fraternos, como la ciudad, y un sistema educacional público que promuevan la mezcla intersocial e intercultural.

Un estudio comparado de las diferencias sociales en manzanas y barrios, para observar la homogeneidad y por tanto el nivel de segregación o de mezcla social, concluye que Santiago, Ciudad de México y Lima no han llegado al segregacionismo de las zonas urbanas estadounidense, pero la tendencia hacia la construcción de la ciudad separada por muros sociales y culturales es alta, lo que deteriora la vida comunitaria y la acción colectiva, aumentando la violencia y la desconfianza urbana¹⁴.

Una educación integrada socialmente: Los países de mejor calidad de vida del Continente —Uruguay, Argentina, Costa Rica— tienen en común que la mayoría de la población concurre y se “mezcla” en una escuela pública. En los países nórdicos y avanzados el guarismo de asistencia a la escuela pública del barrio sube a sobre el 90% de los jóvenes. Por tanto, es irrefutable la vinculación entre el espacio escolar y los niveles de solidaridad y fraternidad en una sociedad, en la construcción de un *nosotros*.

COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Una última institución pro fraternidad que es necesario enfatizar es la participación en espacios de cooperación macro-nacionales, que permitan transitar en el ser de los países desde la lógica defensiva del miedo y el chovinismo nacionalista, a la vivencia de un nacionalismo cosmopolita e integrador. El intercambio con otras naciones, las misiones de estabilización de naciones en crisis y las agencias de cooperación son políticas de la fraternidad, lo que es universalista. La experiencia de Europa muestra esta evolución, transformando el Continente de las peores guerras en un caso de integración, aceptación de poderes supranacionales y creciente ciudadanía cosmopolita.

Colofón de la esperanza:

No hay que esperar la igualdad para que exista fraternidad. No hay que lograr la plena libertad para comenzar desde ahora a propugnar instituciones pro fraternidad. Hay influencias recíprocas y sinergias políticas. Con más fraternidad se evaporará el miedo al poder del opositor y será posible una mayor igualdad cuando los ricos huelan a los otros en los espacios de integración social. Los tres principios están vinculados de manera inexorable: la fraternidad no tiene la épica de la libertad y la igualdad, pero pone la lírica que da sentido a ambas y adelanta la mirada de la era global que sigue creciendo, a la cual la pragmática de lo fraterno universal es indivisible. MSJ

El mundo necesita la utopía fraterna de complacerse en felicidad con los demás. Para estar con “los otros” necesitamos convivir con diversidad en espacios fraternos.



Chile no acepta la autonomía de Isla de Pascua y tampoco logra consenso para asegurar la representación mapuche en el Congreso Nacional. Siempre se esgrime el miedo al otro, el riesgo de secesionismo y otros tormentos.

Nace la corriente que busca la democracia sustantiva y un fuerte reconocimiento del otro en el multiculturalismo activo.

¹² Cf., Luhmann, Niklas: *Confianza*. Anthropos, Barcelona, 1996.

¹³ Cf., Cousiño, Carlos y Valenzuela, Eduardo: “Sociabilidad y asociatividad: un ensayo de sociología comparada”. *Estudios Públicos* 77, Santiago, CEP, 2000, pp. 321-339.

¹⁴ Rodríguez, Jorge, y Arriagada, Camilo: “Segregación residencial en la ciudad latinoamericana”. *Revista EURE* 89, Santiago, PUC, 2004, pp. 5-24.

¹⁰ Cf., Taylor, Charles: *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*. FCE, México, 1992.

¹¹ El intelectual José Marimán, en su libro *Autodeterminación* (LOM, 2012), anota el fracaso de las políticas integracionistas que ven a los comuneros mapuches como campesinos pobres a los cuales dar tierra y semillas. En cambio, una visión fraterna y multicultural implica aceptar la demanda de identidad, tierra, control de recursos naturales y poder de los pueblos originarios. Es decir, atreverse a pactar niveles altos de autotomía para construir una región especial mapuche (o la actual Región Araucanía).

³ Cf., Ighina, Domingo: *La brasa bajo la ceniza. La Fraternidad en el pensamiento de la integración latinoamericana*. Ciudad Nueva, Buenos Aires, 2012.

⁴ De las Casas fue profético al poner en práctica en Guatemala el experimento de Las Verapaces (1530), donde la evangelización fue dialogante. Esto pervive: en la iglesia de Chichicastenango los guías mayas hacen sus ofrendas a los antepasados y al *Ajaw* (padre-madre, creador-formador) en un caso paradigmático de interculturalidad y respeto. La visión cosmocéntrica fortaleció a los mayas para sobrevivir a la violencia de los conquistadores y a las matanzas de 1980-84, cuando se levantaron por tierras y dignidad con las dos cruces (la del Cristo liberador y la maya de los cuatro puntos cardinales). Ellos viven en la humildad de no dominar y habitar con sentido comunitario.

⁵ Cf., Baggio, Antonio: *El principio olvidado. La fraternidad en la política y el derecho*. Ciudad Nueva, Buenos Aires, 2006.

⁶ Cf., Lechner, Norbert: *La búsqueda de la comunidad perdida*. FLACSO, Santiago, 1990.

⁷ Cf., Barreneche, Osvaldo: *Estudios recientes sobre fraternidad*. Ciudad Nueva, Buenos Aires, 2010.

⁸ Maturana, Humberto: *Amor y juego: fundamentos olvidados de lo humano. Desde el patriarcado a la democracia*. Editorial Instituto de Terapia Cognitiva, Santiago, 1993, p. 24.

⁹ Layard, Richard: *La Felicidad, una nueva ciencia*. Taurus, México, 2005, p. 229.

